

HUNTINGTON REVISITADO: RELEYENDO “EL DESAFÍO HISPANO” EN EL VESTÍBULO DE LA TORRE TRUMP

POR

RAFAEL PONCE-CORDERO
Keene State College

En su número de marzo/abril de 2004, la revista bimestral estadounidense *Foreign Policy* publicó un artículo firmado por uno de sus fundadores, Samuel P. Huntington (1927-2008), reconocido politólogo y profesor de Harvard, bajo el título de “El desafío hispano”.¹ Con su aparente defensa del nativismo anglo-protestante y su vigoroso rechazo de los actuales flujos de inmigración hacia los Estados Unidos –de raíces marcadamente hispano-católicas– el ensayo causó una conmoción inmediata en círculos académicos y mediáticos.

El breve texto de Huntington era, en realidad, un jugoso extracto de su libro *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, que Simon & Schuster publicaría en mayo de ese mismo año.² En él, el autor estadounidense intenta definir los aspectos esenciales de la identidad de su patria³ en términos fundamentalmente étnicos, religiosos y políticos; analiza lo que denomina la “crisis de la identidad nacional” en Estados Unidos señalando como culpables de esta erosión de los valores genuinamente norteamericanos al multiculturalismo ingenuo de las élites y a la inmigración desbocada de los últimos decenios del siglo XX; y receta posibles curas para los males identitarios del gran país del norte consistentes en una saludable vuelta a las esencias fundamentalmente étnicas, religiosas y políticas antes mencionadas. Si bien 366 páginas le permiten a Huntington, como es lógico, desgarrar sus argumentos con mucho mayor detalle y ofrecer mil y un ejemplos y datos, el quid

¹ Huntington, Samuel P. “The Hispanic Challenge” 30-45. Existe versión en castellano: “El desafío hispano”. *Letras Libres* 64 (abril 2004): 12-20. En el presente trabajo se ha consultado, y se cita (siempre en traducción propia), el artículo original en inglés.

² Huntington, Samuel P. *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*. Hay edición en español: *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2004. Aquí se ha consultado, y se cita (en traducción propia), la obra original en inglés.

³ Uso esta palabra, tan cargada de significado, de forma completamente intencional: el propio Huntington advierte al lector que escribe “as a patriot and a scholar”, en ese orden, y que de hecho su sentido patriótico podría influir en la selección y presentación de evidencias en respaldo de su argumentación general (*Who Are We?* xvi-xvii). Para una crítica de tan inusual descargo de responsabilidad en un texto pretendidamente académico, véase Segura.

de la cuestión, al igual que en el artículo original, es el peligro de la “hispanización” de la cultura estadounidense por vía de la descontrolada inmigración latinoamericana y, sobre todo, mexicana.

Casi década y media más tarde, los controversiales postulados de Huntington aún resuenan con fuerza. Por ello, y porque el actual ocupante de la Casa Blanca llegó al poder a lomos de un discurso de tintes también nativistas (*America first!*) y xenófobos (*Build the wall!*), se antoja procedente reexaminar sus méritos intelectuales, su nivel de acierto en comparación con las realidades de la inmigración y el multiculturalismo tal como se han desarrollado desde su publicación, y sus consecuencias políticas desde el punto de vista específico de la frontera entre Estados Unidos y México y quienes la habitan. El propio Huntington, después de todo, identificó la proximidad geográfica de México y la larga línea imaginaria que comparte con Estados Unidos como factores determinantes para hacer de esta nueva oleada de inmigración radicalmente diferente de las anteriores, situando de esta manera a la frontera y a sus pobladores en el centro de su argumentación acerca del así llamado desafío hispano y sugiriendo que este complejo espacio es el campo de batalla donde se decidirá, en última instancia, el destino del modo de vida estadounidense.

I. RELEYENDO A HUNTINGTON

¿Por qué hemos de sufrir a los palurdos del Palatinado que llegan en enjambres a nuestros poblados y, juntándose en manadas, establecen su idioma y sus hábitos en detrimento de los nuestros? ¿Por qué debe Pensilvania, fundada por los ingleses, convertirse en una colonia de extranjeros, que pronto serán tan numerosos como para germanizarnos en lugar de que nosotros los anglicemos, y nunca adoptarán nuestra lengua o nuestras costumbres, como tampoco pueden adquirir nuestra complejidad?

Benjamin Franklin (fragmento del texto “*Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling of Countries, Etc.*” publicado originalmente en 1751)

De esta manera tan elocuente comienza Huntington su ya citado ensayo “El desafío hispano” aparecido en *Foreign Policy*:

Estados Unidos fue creado en los siglos XVII y XVIII por colonos que eran en su abrumadora mayoría blancos, británicos y protestantes. Sus valores, sus instituciones y su cultura sentaron las bases del país y moldearon su desarrollo en los siglos siguientes.

[...] Las contribuciones de culturas inmigrantes modificaron y enriquecieron la cultura anglo-protestante de los primeros colonos. Las esencias de la cultura fundadora siguieron siendo la base de la identidad estadounidense, sin embargo, al menos hasta las décadas finales del siglo XX. ¿Sería Estados Unidos el país que ha sido y que en gran medida todavía es si hubiera sido colonizado en los siglos XVII y XVIII no por protestantes británicos sino por católicos franceses, españoles o portugueses? La respuesta es, claramente, no. No sería Estados Unidos; sería Quebec, México o Brasil. (Huntington “The Hispanic Challenge” 31-32)⁴

La tesis del prestigioso autor de *El choque de civilizaciones*⁵ —un libro cuyos planteamientos habían escandalizado a medio mundo allá por 1996 pero más tarde fueron validados, al menos a ojos de cierto sector del público estadounidense, por los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001— se resume en que, si bien de puertas para afuera el principal problema de Estados Unidos continúa siendo el peligro que para la civilización occidental (liderada por Estados Unidos) suponen al parecer todas las demás (y muy en particular la islámica y la sínica), en el ámbito interno el mayor reto que afronta está representado por las hordas de latinoamericanos (y muy en especial mexicanos) que año tras año ingresan legal y sobre todo ilegalmente a su territorio. Según Huntington, “la persistente entrada de inmigrantes hispanos amenaza con dividir Estados Unidos en dos pueblos, dos culturas y dos lenguas”, ya que, a diferencia de lo ocurrido en el pasado con otros grupos de recién llegados (alemanes, irlandeses, escandinavos, italianos, etcétera), “los mexicanos y otros latinos no se han asimilado a la cultura dominante estadounidense sino que en lugar de ello prefieren formar sus propios enclaves políticos y lingüísticos —desde Los Ángeles hasta Miami— y rechazan los valores anglo-protestantes que construyeron el sueño americano” (“The Hispanic Challenge” 30).

Esos valores se hallan en la base de lo que Huntington, siguiendo al economista sueco Gunnar Myrdal, llama “el credo americano”, esto es, el corazón de la cultura de Estados Unidos y por consiguiente de su identidad nacional. Los elementos que constituyen dicho “ethos social” son la lengua inglesa, la religiosidad practicante, la tradición jurídica anglosajona (que a su vez contempla preceptos legales como la responsabilidad de los gobernantes y los derechos de los gobernados), y actitudes supuestamente típicas del “protestantismo disidente” como el individualismo, la ética de trabajo y la fe en que los seres humanos tienen no sólo la capacidad sino, más aun, la obligación de “crear un cielo en la tierra” (Huntington, “The Hispanic Challenge” 31-32; *Who Are We?* 59-80). Para el politólogo de Harvard, el éxito del experimento

⁴ La cita equivalente se halla en la página 59 de *Who Are We?*

⁵ Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Existe versión en castellano: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2005.

estadounidense radica en la continuidad, la unanimidad y la uniformidad de este esquema durante casi trescientos años:

Los principios del Credo tienen tres características extraordinarias. En primer lugar, se han mantenido notablemente estables a lo largo del tiempo. [...] En segundo lugar, hasta finales del siglo XX, el Credo gozó de una aceptación y un apoyo generalizados por parte del pueblo estadounidense, aun si la práctica podía apartarse de él. [...] En tercer lugar, todas las ideas centrales del Credo tienen sus orígenes en el protestantismo disidente. (*Who Are We?* 67-68)

Tal orden de cosas no había de durar para siempre. Si bien la cultura dominante supo acoger –y, lo que para Huntington es sin duda más crucial, asimilar– a inmigrantes de diversos lugares (europeos en su abrumadora mayoría)⁶ e inclusive de diversas religiones (en particular la católica)⁷ en los siglos anteriores, en décadas más recientes la hegemonía del credo americano ha comenzado a agrietarse:

En los años sesenta y setenta la primacía de la identidad nacional empezó a ser cuestionada. Masivos números de recién llegados han sido capaces de mantener vínculos estrechos con sus países de origen, sosteniendo lealtades duales, nacionalidades duales y a menudo la doble ciudadanía. Identidades subnacionales basadas en la raza, la etnia, el género y la cultura adquirieron mayor importancia para muchos estadounidenses. Ciertos elementos de las élites intelectuales, políticas y empresariales de Estados Unidos empezaron a asignar un valor cada vez menor a su compromiso con la nación y a privilegiar reivindicaciones transnacionales o subnacionales al decidir sus lealtades. (*Who Are We?* 108)

El nuevo paradigma multicultural obcecado con las políticas identitarias⁸ supone el caldo de cultivo para la quiebra del modelo fundacional de la otrora sólida cultura

⁶ Como se sabe, hasta la ley de inmigración y naturalización de 1965, un sistema de cuotas muy estricto favorecía desproporcionadamente a los potenciales inmigrantes europeos (en especial a los del noroeste de Europa ya que, de hecho, las cuotas se habían establecido para frenar la llegada de inmigrantes del sur y el este de ese continente) y limitaba de manera muy severa, cuando no prohibía sin más, la entrada de personas de origen asiático y africano bajo preceptos transparentemente racistas. Para un repaso fugaz y decididamente color de rosa de la historia de este sistema de restricciones, véase Huntington, *Who Are We?* 56-58. Para uno mucho más extenso y centrado en sus causas y consecuencias, incluidas las relacionadas con el racismo rampante de la época, véase Ngai 15-55.

⁷ Para un poco convincente recuento de cómo el catolicismo se “desromanizó” y se “americanizó” adaptándose, en Estados Unidos, a prácticas más propias del protestantismo, véase Huntington, *Who Are We?* 95-98. Para una crítica de dicho recuento, véanse Wolfe 121-22, Etzioni 483, Kaag 117-22.

⁸ Referidas a esas identidades menores, divisivas, *otras*, por supuesto, no a la gran identidad nacional que nuestro autor defiende como mayor, integradora y al parecer no marcada por cuestiones raciales o étnicas pese a basar su argumentación, precisamente, en cuestiones raciales y étnicas.

dominante estadounidense, según Huntington, pero el ariete definitivo se encuentra en manos de los inasumibles (por cantidad) e inasimilables (por carácter) inmigrantes mexicanos. El autor titula su artículo “El desafío hispano”, pero deja claro que, en realidad, el peligro procede primordialmente de México. Para demostrarlo, Huntington se entrega a ensoñaciones que podrían pensarse extraídas de *Un día sin mexicanos*,⁹ si no fuese porque ese largometraje se estrenó con posterioridad a la publicación del texto que nos ocupa:

El impacto de la inmigración mexicana se vuelve evidente cuando uno se imagina lo que pasaría si esta se detuviera abruptamente. El flujo anual de inmigrantes legales se reduciría en 175.000 personas. [...] Las entradas ilegales disminuirían dramáticamente. Los salarios de los ciudadanos estadounidenses de bajos ingresos mejorarían. [...] El nivel educativo de los inmigrantes que siguieran viniendo alcanzaría los promedios más elevados en la historia nacional. La población inmigrante volvería a ser altamente diversa, lo cual aumentaría los incentivos para que todos los recién llegados aprendieran inglés y absorbieran la cultura norteamericana. Y, lo más importante, la posibilidad de una ruptura entre unos Estados Unidos predominantemente hispanohablantes y unos Estados Unidos anglófonos desaparecería, así como, junto con ella, una gran amenaza potencial para la integridad cultural y política del país. (“The Hispanic Challenge” 32-33)¹⁰

Como se ve, en opinión de Huntington, la mágica desaparición de la inmigración mexicana constituiría poco menos que la panacea para su patria y sus compatriotas e incluso para los recién llegados de otras latitudes. Los inmigrantes mexicanos –tanto legales como, sobre todo, ilegales– son demasiados, participan en una suerte de dumping salarial que perjudica a la clase trabajadora norteamericana, tienen un bajísimo nivel educativo, se muestran reacios a la asimilación lingüística y cultural y, por tanto, representan una espada de Damocles demográfica, económica y social para Estados Unidos. Por supuesto, en otros tiempos y ante otras “invasiones” hubo ya quienes esgrimieron argumentos similares, temerosos de que el auténtico espíritu estadounidense sucumbiera bajo la negativa influencia de culturas “inferiores” incapaces de adecuarse a las costumbres del país,¹¹ mas siempre se equivocaron porque, antes o después, los extranjeros terminaron por adaptarse. Y, desde luego, Estados Unidos terminó por adaptarse a su vez: nada hay, hoy, más “All-American” que la pizza. A sabiendas de que sus críticos le van a recordar la larga tradición de Estados Unidos como receptor de

⁹ *A Day Without a Mexican*, película dirigida por Sergio Arau, se estrenó en mayo de 2004.

¹⁰ El pasaje equivalente se halla en la página 243 de *Who Are We?*

¹¹ La lista de grupos considerados absolutamente inasimilables en su momento incluye a los alemanes en el siglo XVIII, los irlandeses y (de nuevo) los alemanes en el XIX, y los italianos y los judíos a fines del XIX y principios del XX, entre otros. Véanse Daniels, Zolberg, Gerber.

inmigrantes, la no menos prolongada historia de ataques contra grupos recién llegados por su excesivo número y/o por su incompatibilidad de caracteres con la cultura de acogida, y la evidencia razonablemente clara de que, a pesar del resquemor inicial, la sociedad anfitriona sobrevivió y los temidos forasteros se integraron en la cultura dominante, Huntington aduce que el caso mexicano es diferente.

La primera diferencia entre los inmigrantes de hoy y los de antaño radica en la contigüidad del país emisor: quienes entraban en el país por la isla de Ellis habían tenido que atravesar vastas distancias, mientras que México está, literalmente, al lado. En segundo lugar, la actual inmigración mexicana es diferente en virtud de su escala en términos tanto absolutos como relativos: los mexicanos se cuentan por millones y representan cerca de un tercio de los inmigrantes legales y una amplia mayoría de los ilegales. El tercer factor diferenciador es la ilegalidad, fenómeno según Huntington prácticamente desconocido hasta mediados del siglo XX y por consiguiente íntimamente conectado a la inmigración mexicana, cuyo crecimiento exponencial empezó, precisamente, por aquel entonces. En cuarto lugar, la inmigración mexicana es diferente por su elevada concentración regional: anteriores oleadas de recién llegados se dispersaron por el territorio nacional, en tanto que los hispanos prefieren asentarse en zonas específicas, lo cual permite que se creen enclaves donde la lengua vehicular es el español y donde, por tanto, los incentivos para aprender inglés o asimilarse a la cultura general estadounidense son débiles, cuando no inexistentes. La quinta característica que diferencia a la inmigración mexicana actual es su persistencia: los flujos migratorios previos decrecieron con el tiempo, y la proporción de personas provenientes de países concretos fluctuó enormemente, mientras que la masiva entrada de mexicanos no tenía visos de reducirse a corto o mediano plazo cuando Huntington escribió su texto. Por último, la actual inmigración mexicana es diferente en función de lo que el autor define como su presencia histórica, esto es, el hecho de que gran parte del territorio donde hoy viven los inmigrantes mexicanos formó parte de México hasta que le fue arrebatado por la fuerza a mediados del siglo XIX (“The Hispanic Challenge” 33-36, *Who Are We?* 222-30).

Con estas diferencias de base, no parece en absoluto extraño que los inmigrantes mexicanos y sus descendientes obtengan resultados muy distintos, una vez instalados en Estados Unidos, a los de otros grupos. A decir de Huntington, la población mexicana va a la zaga de las demás en prácticamente todos los índices que permiten medir el nivel de asimilación cultural a la sociedad receptora. En materia de adopción lingüística, por ejemplo, el autor reconoce que el conocimiento y el empleo del idioma inglés parecen seguir, para los mexicanos de primera y segunda generación, un patrón similar al de oleadas migratorias anteriores, pero sugiere que la verdadera divergencia entre esta población y otras radica en su reticencia a abandonar la lengua ancestral, esto es, en su insistencia en el bilingüismo más allá de la segunda generación. En el terreno educativo, el politólogo compara el avance generacional de los mexicanos con el de otros grupos

y concluye que los primeros se hallan muy por detrás de lo que cabría esperar, ya que, de hecho, las ganancias en términos de años de escolarización se estancan a partir de la tercera generación. Lo mismo ocurre en el ámbito laboral y, por ende, en el económico: los mexicanos muestran un bajísimo índice de autoempleo y espíritu empresarial, ocupan puestos profesionales y directivos en una proporción mucho menor que otros grupos, y se sitúan, en general, en la parte inferior de la escala económica. Otras áreas en las que los mexicanos están muy rezagados en comparación con otras poblaciones son el ritmo de naturalización, ya que apenas un tercio de ellos ha adquirido la ciudadanía de Estados Unidos, mientras que más de dos tercios de los coreanos, por ejemplo, lo han hecho; la tasa de matrimonios mixtos, esto es, fuera del grupo étnico propio, que aumenta menos en el caso hispano que en el de otros segmentos puesto que, en palabras del catedrático de Harvard, “los mexicanos se casan con mexicanos”; y, en general, la adhesión a Estados Unidos, su credo y su cultura, en menoscabo de otras lealtades: la mayoría de los inmigrantes mexicanos y sus descendientes, aun los que han nacido al norte del río Bravo, continúan identificándose como “mexicanos” o “hispanos”, y no como “americanos”, amén de conservar un evidente amor por la bandera mexicana, en especial durante los partidos del Tri –aunque el rival sea la selección estadounidense– y las manifestaciones a favor de los derechos de los inmigrantes (*Who Are We?* 231-43).

Ante este “desafío hispano” y otras alteraciones recientes en el campo de batalla simbólico –pero cuyas repercusiones pueden ser, y de hecho son, muy reales– de la identidad nacional del país más poderoso de la historia, Huntington prevé cuatro escenarios de futuro no necesariamente excluyentes entre sí. En primer lugar, unos Estados Unidos por completo multiculturales, con un credo puramente cívico, no basado en la cultura anglo-protestante fundacional, y por tanto reducido al papel de mero contrato social en una confederación poco cohesionada de diversas facciones étnicas, raciales, culturales y políticas. En segundo lugar, unos Estados Unidos duales, bifurcados en términos lingüísticos (inglés y español) y culturales (anglo-protestantismo e hispano-catolicismo) que acabarían por transformarse en una sociedad formalmente bilingüe y bicultural, pero soterradamente fracturada en la práctica, como Canadá, Suiza y Bélgica, países donde la supuesta armonía entre grupos lingüísticos es más ficción que realidad. En tercer lugar, unos Estados Unidos reaccionarios donde la otrora mayoritaria y hegemónica población blanca, en vista de la merma de sus privilegios y sintiéndose amenazada por una demografía adversa, decidiera recuperar el poder mediante la marginación, expulsión o represión de los demás grupos raciales, étnicos y culturales. Y, por último, la opción favorita de Huntington: unos Estados Unidos donde los norteamericanos de todas las razas y etnias colaboraran en el proyecto de revitalizar su cultura común (*Who Are We?* 19-20). Así las cosas, el politólogo propone un feliz retorno a los orígenes: “Los estadounidenses deberían renovar su compromiso con la cultura, las tradiciones y los valores anglo-protestantes que por tres siglos y medio han sido abrazados por estadounidenses de todas las razas, etnias y religiones

y que han constituido la fuente de su libertad, unidad, poder, prosperidad y liderazgo moral como una fuerza positiva para el mundo” (*Who Are We?* xvii).

Aunque el autor no lo dice expresamente, es obvio que su diagnóstico implica también cerrar las puertas a la inmigración –legal e ilegal– procedente de América Latina en general y muy en especial de México, así como defender la unidad lingüística de Estados Unidos promoviendo de manera decidida el empleo exclusivo del inglés como lengua nacional y la pronta erradicación del español en sí y de las veleidades del bilingüismo.¹² Las recetas que Huntington prescribe para proteger la integridad e identidad de su patria son de todo punto lógicas y esperables en función de las premisas desde las que parte. La pregunta, claro está, es si dichas premisas son realmente válidas.

II. DESMONTANDO A HUNTINGTON

Los estadounidenses todavía tenemos que aprender nuestros antecedentes reales, y clasificarlos, para unificarlos. Se descubrirá que son más amplios de lo que se creía y se los encontrará en fuentes harto diferentes. Hasta ahora, impresionados por los escritores y maestros de escuela de Nueva Inglaterra, nos abandonamos tácitamente a la idea de que nuestros Estados Unidos han sido modelados por las Islas Británicas únicamente, y que en esencia forman sólo una segunda Inglaterra, lo cual es un error muy grave.

Walt Whitman (fragmento de “The Spanish Element in Our Nationality”, texto originalmente publicado por *The New York Times* en 1883)

El escritor mexicano Carlos Fuentes (1928-2012) no escatimó palabras de reprobación absoluta en su respuesta al ensayo original de Huntington, titulada “El racista enmascarado”, aparecida en el diario español *El País* y ampliamente reproducida en periódicos de México y el resto de América Latina: “Huntington pone al día un añejo racismo antimexicano que conocí sobradamente de niño, estudiando en la capital norteamericana”. El autor de *La muerte de Artemio Cruz* (1962) descalifica

¹² Tras advertir al lector de que la transformación en una sociedad bilingüe y bicultural no sería el fin del mundo pero sí el de la nación estadounidense tal como la conocemos, nuestro autor cita a Lionel Sosa, quien en su libro *The Americano Dream: How Latinos Can Achieve Success in Business and in Life* (1998) sostiene que lo que él denomina “the Americano dream” existe, es realista y se puede alcanzar. Huntington discrepa de manera tajante: “Sosa is wrong. There is no Americano dream. There is only the American dream created by an Anglo-Protestant society. Mexican Americans will share in that dream and in that society only if they dream in English” (Huntington, “The Hispanic Challenge” 45). El párrafo equivalente se halla en la página 256 de *Who Are We?*

las advertencias del politólogo de Harvard sobre la capacidad disgregadora de los inmigrantes hispanos y sus descendientes, defiende tanto la voluntad de adaptación de los recién llegados como sus aportes positivos a la sociedad de acogida en términos económicos y culturales, y critica el empecinamiento de Huntington en priorizar lo WASP en su visión del ser estadounidense.

El Nobel peruano Mario Vargas Llosa no llega al extremo de tildar de racista a Huntington, pero sin duda se acerca a ello. En su artículo “¿Durmiendo con el enemigo?”, rechaza la creencia de Huntington en “identidades colectivas” y advierte de sus múltiples riesgos potenciales:

La identidad según la entiende el profesor Huntington es un peligroso concepto teñido de esencialismo que tradicionalmente ha servido para tender trampas a la libertad y para justificar la más peligrosa de las aberraciones ideológicas, el nacionalismo, esa cultura de los incultos a la que debemos las dos guerras mundiales que devastaron el siglo XX y la máscara detrás de la cual en el siglo XXI se agazapan el racismo, la xenofobia, el fanatismo y el fundamentalismo religioso que han desencadenado una feroz ofensiva terrorista internacional contra la cultura democrática. (43)

¿Son las ideas de Huntington las de un racista enmascarado? Él mismo lo niega tajantemente: “Este es, que quede claro, un alegato a favor de la importancia de la cultura anglo-protestante, no a favor de la importancia de la gente anglo-protestante”, se apresura a subrayar en el prefacio de su libro (*Who Are We?* xvii). Huntington no tiene problemas con respecto al color de la piel o a la procedencia geográfica de quienes vienen a su país, siempre y cuando se adapten a la cultura dominante estadounidense, como hicieron ya millones de personas en su día. El hecho de que los inmigrantes de antaño hayan sido mayoritariamente blancos europeos, mientras los de hogaño son mayoritariamente no europeos y “de color”, es una casualidad.

Excepto que ni lo primero fue ni lo segundo es fruto del azar, sino de muy concretas decisiones de Estados Unidos y otros países en materia de inmigración, economía y política exterior. Para empezar, como explica Kevin R. Johnson, “[n]o existe cuerpo legal que ilustre mejor el nexo entre raza y clase que las leyes de inmigración de Estados Unidos y su aplicación. En el fondo, esta legislación ha operado históricamente –y continúa operando– para evitar la entrada de muchos pobres y trabajadores no ciudadanos de color en Estados Unidos, así como para tratar con dureza a aquellos que ya viven aquí” (2). Las sucesivas leyes de inmigración de Estados Unidos funcionan, según Johnson, como un “espejo mágico” donde podemos ver la conciencia colectiva del país con respecto a su identidad nacional.

Una identidad que, en parte, se basa precisamente en la marginación de poblaciones enteras de “otros” racializados, bien manteniéndolos fuera, bien recibiendo los (o, en algunos casos, dejando que sigan viviendo en sus territorios ancestrales) pero sin

otorgarles la categoría de miembros de pleno derecho en la sociedad estadounidense. “El poder”, como nos recordó el pensador francés Jean Baudrillard, “existe sólo en virtud de su capacidad simbólica para designar al Otro, el Enemigo, lo que está en juego, lo que nos amenaza, lo que constituye el Mal” (91). Delimitar un territorio nacional implica crear al mismo tiempo un afuera, clasificar a alguien como ciudadano supone catalogar a otros como extranjeros, y al diseñar e implementar normas específicas con respecto a la inmigración –dirimiendo, por ejemplo, quién tiene derecho a cruzar nuestra frontera y quién no– producimos, en efecto, una realidad determinada en lugar de construir otras realidades igualmente concebibles. En palabras del constitucionalista Alexander Bickel, “[s]iempre ha sido más fácil, siempre será más fácil, pensar en alguien como un no-ciudadano que decidir que se trata de una no-persona” (387).

En ese sentido, Huntington peca de deshonestidad intelectual cuando, como hemos visto, achaca a la inmigración mexicana una desmedida ilegalidad en contraste con oleadas anteriores. Parece obvio que la condición de “ilegal” no es inherente a ninguna persona sino que depende de la decisión del Estado: es la legislación vigente en un momento dado la que produce la categoría misma de inmigrante “indocumentado”. Hasta finales del siglo XIX, Estados Unidos ni siquiera tuvo, propiamente, leyes de inmigración, preocupado como estaba más por expandir su territorio y su población que por limitar la entrada de no ciudadanos en una época en que la tecnología disponible no permitía viajar con facilidad. No se puede ser un “sin papeles” cuando los papeles aún no existen.

La primera regulación al respecto se oficializó en 1875 para excluir a los “indeseables” inmigrantes de procedencia asiática y a quienes estuvieran catalogados como criminales en sus países de origen. Ante la “avalancha” de inmigrantes no anglo-protestantes del sur y el este de Europa que ocurrió a fines del siglo XIX e inicios del XX, el Congreso de Estados Unidos instituyó un sistema de cupos étnicos en 1921 con el declarado afán de restaurar la composición religiosa y racial del país, por eso las proporciones se calcularon a partir del censo de 1890 y no del de 1910 (Ngai 21). Ensalzar la “legalidad” de los inmigrantes beneficiados por estas medidas descaradamente racistas, para atacar a quienes hoy no sólo no gozan de favoritismo estatal sino que más bien padecen de una manifiesta y creciente discriminación estructural, evidencia una catadura ética más que cuestionable.

Curiosamente, en la práctica ninguna de estas leyes afectó a la inmigración latinoamericana, para la cual no se instauraron cuotas nacionales sino hasta bien entrado el siglo XX. Ni siquiera la contigüidad de México parecía amenazar al vecino del norte en esa época: la cantidad de gente que cruzaba la frontera fue mínima hasta las últimas décadas del siglo XIX, cuando, ante la escasez de mano de obra barata provocada por el cese abrupto de la inmigración asiática, muchos empresarios norteamericanos involucrados en el rápido desarrollo del Southwest dirigieron la mirada hacia el sur y, así, pusieron en marcha un proceso que todavía hoy afecta a los dos países. Para la

década de 1920 había ya al menos medio millón de mexicanos residiendo en Estados Unidos y, a pesar del bache de la Gran Depresión –acompañada de la primera campaña coordinada de repatriación masiva de trabajadores mexicanos¹³– en los años treinta, a partir de la Segunda Guerra Mundial la cifra repuntaría para no bajar nunca más (Gutiérrez 57-58).

La falta de jornaleros suscitada por la participación en el conflicto bélico fue justamente el motivo por el cual líderes de la industria agrícola norteamericana empujaron a su gobierno a buscar un acuerdo de colaboración bilateral de emergencia con México que permitiera la importación de mano de obra temporal. Así nació, en 1942, el Programa Bracero. Esta iniciativa, que en principio venía a suplir una demanda coyuntural, fue renovada en varias ocasiones y terminó durando más de dos decenios hasta su cancelación a mediados de los sesenta. Sus consecuencias reverberan todavía: ejerció un poderoso efecto llamada que atrajo a cientos de miles de temporeros mexicanos, creó y reforzó redes y rutas migratorias, y dio pie a incentivos económicos seguramente imprevistos que propiciaron la contratación en negro –más barata que la oficial para el empleador– y, por tanto, el nacimiento de la inmigración ilegal a gran escala y la dependencia de la economía estadounidense de este tipo de mano de obra irregular (Gutiérrez 58-60).

El sistema de cuotas étnicas y el Programa Bracero se mantuvieron en pie hasta la ley de inmigración de 1965, esto es, el momento en que según Huntington el buenismo multiculturalista engendrado por la lucha a favor de los derechos civiles inició su labor de demolición sistemática de la verdadera identidad nacional estadounidense. Ahora vistos como lo que eran –dispositivos de discriminación racial–, los cupos de origen fueron modificados de forma sustancial. En lugar del favoritismo para con el norte de Europa, la discriminación contra el sur y el este de Europa, el veto a la inmigración asiática y africana, etcétera, el nuevo sistema abolió las preferencias raciales, étnicas y religiosas de antaño y privilegió criterios relacionados con las necesidades del mercado laboral y la reagrupación familiar. Esta reforma significó, en efecto, el fin de la discriminación positiva a favor de los (nor) europeos blancos lamentado por Huntington.

Ahora bien, la ley de 1965 estableció por primera vez cuotas numéricas para la inmigración proveniente de América Latina y el Caribe, reservando sólo 120.000 visas para todo el hemisferio occidental, limitación a la que en posteriores enmiendas se le añadió un tope de 20.000 por país (Massey y Pren 1-2, Gutiérrez 63). Al mismo tiempo, el Congreso de Estados Unidos decidió eliminar el Programa Bracero, tachado de explotador y abusivo por sus muchos detractores. De este modo, “México pasó de disponer anualmente de alrededor de 450.000 visados de trabajo temporal y una

¹³ Cabe anotar que dichos trabajadores no eran, técnicamente, inmigrantes ilegales, puesto que no existía un cupo para ellos. Lo que es más grave, se calcula que alrededor de la mitad de los 400.000 deportados eran, realmente, ciudadanos estadounidenses de ascendencia mexicana (Ngai 8).

cantidad en teoría ilimitada de visados de residencia (de los que, en la práctica, recibía un promedio anual de alrededor de 50.000) a una nueva situación sin visados de trabajo temporal y con apenas 20.000 visados de residencia por año” (Massey y Pren 4).

Estos cambios –y no la contigüidad de México ni el apetito invasor de los mexicanos– explican por qué la inmigración mexicana, con y sobre todo sin papeles, se desbocó a partir de ese momento. De nuevo, es cuestión de incentivos, a veces no previstos ni, probablemente, deseados. Dentro de la ley, al bloquear el ingreso por otros medios (en particular el del trabajo temporal), el nuevo sistema empujó a cada vez más gente a acogerse a los supuestos de reagrupación familiar, no sujetos a los cupos nacionales. Fuera de la ley, la demanda de mano de obra barata de un lado de la frontera no desapareció por arte de magia tras su promulgación, por lo que los jornaleros del otro lado siguieron cubriéndola, ahora sin el permiso de las autoridades. Así, “la inmigración ilegal creció después de 1965 no porque se diese un incremento repentino de inmigración mexicana, sino porque se discontinuó el programa de trabajo temporal y se recortó el número de visas de residencia, lo cual eliminó cualquier vía legal para dar cabida a los flujos migratorios que existían desde hacía mucho” (5).

En lo que pronto se convertiría en un círculo vicioso en el que seguimos inmersos, esta ilegalización en masa propició la percepción de que Estados Unidos estaba sufriendo una invasión, lo cual provocó una creciente alarma social espoleada por el sensacionalismo de los medios, e incitó a los políticos –sobre todo a los de signo conservador– a intentar capitalizar electoralmente dicha alarma a través del endurecimiento de las leyes de inmigración y su aplicación en la frontera (financiando, por ejemplo, el despliegue de más agentes fronterizos que, a su vez, se veían obligados a justificar sus puestos de trabajo y los recursos que se les asignaban), y aumentó el número de sin papeles detenidos, lo cual como es natural reactivó la alarma social por la invasión imaginada. Un delirio por completo divorciado de la realidad, pues la población de inmigrantes indocumentados se estabilizó en los años setenta e incluso bajó hacia fines de los ochenta y principios de los noventa: “A partir de la segunda mitad de la década de 1970, en otras palabras, la animosidad anti-inmigración se alimentó a sí misma cada vez más para elevar a la maquinaria burocrática del orden público hasta nuevas cotas, a pesar de la ausencia de cualquier tipo de crecimiento real de la inmigración ilegal” (9).

Quizá la consecuencia más perversa de esta irracional e injustificada militarización de la frontera fue el hecho paradójico de que, en lugar de lograr su supuesto cometido de mantener a las huestes de invasores fuera del territorio nacional y expulsar a los sin papeles ya infiltrados (aunque, claro está, algo de eso hubo y hay), lo que hizo fue atrapar a millones de personas en la así llamada jaula de oro: “En última instancia, lo que había sido un flujo circular de trabajadores varones que venían a un puñado de estados se transformó en una población permanente de familias repartidas por toda la nación” (Massey et al. 1.592).

Huntington, pues, está en lo cierto cuando dice que la inmigración ilegal era un fenómeno casi desconocido antes de 1965, que creció rápidamente a partir de entonces y que los mexicanos son sus grandes protagonistas, pero se deja la historia, el contexto, la realidad. Una omisión flagrante en su argumentación es, precisamente, el reconocimiento de esta larguísima tradición de simbiosis –desigual– entre el mercado laboral norteamericano y la clase trabajadora mexicana en la amplia zona de frontera entre ambos países, su lucrativa exacerbación a mediados del siglo XX, y las muy específicas operaciones realizadas a fin de crear ilegalidad, fabricar una industria para combatir una invasión inexistente, y en definitiva ganar dinero mediante la demonización de millones de personas.

El catedrático no muestra interés en explorar la manera en que la máquina de producir del norte atrae trabajadores del sur para exprimirlos como recursos de usar y tirar: la única alusión al Programa Bracero en las 366 páginas de *¿Quiénes somos?*, por ejemplo, se limita a mencionarlo como un modelo, entre otros muchos, de “guest worker program” (181). Tampoco le preocupan los efectos de la nefasta política exterior estadounidense en América Latina: su relato está poblado por malvados invasores, no por refugiados que huyen de naciones devastadas por el intervencionismo económico, político y, en ocasiones, incluso militar de una superpotencia a la que no le tiembla la mano a la hora de imponer tratados de libre comercio (o embargos, según el caso), destruir economías locales en nombre de una equivocada guerra contra las drogas, favorecer a gobiernos corruptos siempre y cuando obedezcan, y, a menudo, hasta poner y quitar dictadores.¹⁴ Aun el episodio más relevante en esta historia sirve, en manos de nuestro autor, únicamente para sembrar la desconfianza en torno a los inmigrantes mexicanos y sus descendientes: la meta última de estos invasores es “la Reconquista”. La idea es tan ridícula que no merece mayor consideración, como defendió el historiador mexicano Enrique Krauze:

La pregunta obvia es: ¿quién y cuándo ha hecho ese reclamo al que Huntington se refiere? A ningún personaje del siglo XX (político, intelectual) se le ocurrió jamás semejante absurdo. [...] Huntington sostiene que ‘no hemos olvidado’ la Guerra de 1847, y por eso inventa que nuestro designio es convertir California en un nuevo Quebec o, más precisamente, en ‘Mexifornia’ o la República del Norte. (25)

Como quiera que sea, el politólogo de Harvard tiene razón en que el producto de toda esta enredada historia es la actual existencia de una enorme población inmigrante de origen mexicano y latinoamericano en una nación que ya es la campeona mundial de la inmigración:

¹⁴ Véanse Schoultz, Grandin, González.

Estados Unidos es el país con la mayor población nacida en el extranjero (más de 40 millones en 2010), la mitad de la cual tiene su origen en naciones latinoamericanas, casi un tercio sólo en México. Uno de cada cinco mexicanos varones entre los 25 y 35 años vive en Estados Unidos. Según el censo de 2010, los hispanos o latinos se han convertido en la primera minoría, ya que representan el 60% de toda la población perteneciente a minorías y el 16,3% de la población total. (Cuecuecha y Pederzini ix)¹⁵

Huntington se equivoca, en cambio, cuando vaticina que la inmigración legal e ilegal desde México y Latinoamérica no va a parar de multiplicarse. Desde la publicación de “El desafío hispano” y *¿Quiénes somos?* han ocurrido grandes cambios, debidos sobre todo –pero no exclusivamente– a la alicaída economía norteamericana durante y después de la Gran Recesión. Entre los años 1995 y 2000, esto es, justo antes de las diatribas del catedrático de Harvard, casi tres millones de mexicanos se mudaron a Estados Unidos, en tanto que 670.000 decidieron volver a su casa, para un balance de más de dos millones de residentes agregados. En contraste, la migración neta desde y hacia México descendió hasta cero durante el segundo mandato de George W. Bush, y alcanzó números negativos poco más tarde:

De 2009 a 2014, un millón de mexicanos y sus familias (incluidos niños nacidos en Estados Unidos) abandonaron Estados Unidos para irse a México, según datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica de 2014. Los datos del censo norteamericano para el mismo período estiman en 870.000 los naturales mexicanos que han venido a Estados Unidos, un número inferior al flujo de familias de Estados Unidos a México. (González-Barrera 5)

La inmigración no autorizada desde México, mientras tanto, se redujo en 1,3 millones de personas entre 2007 y 2014 (12-13).

Siempre es posible, desde luego, que una futura recuperación de la economía estadounidense renueve el tradicional efecto llamada. Sin embargo, México es hoy un país distinto al de hace apenas un par de décadas, y su evolución en los ámbitos poblacional, educativo y económico parece indicar que la tendencia a la baja se mantendrá: el crecimiento demográfico es más lento, la edad promedio sube, el nivel de escolarización aumenta, se consolida una clase media nada desdeñable y la gente se concentra en entornos urbanos, factores todos ellos que permiten augurar flujos migratorios menguantes en las próximas décadas (Massey et al. 1.595-96).

Queda solamente, entonces, un último reducto para la paranoia de Huntington: la noción de que la población hispana y sobre todo mexicana presente en Estados Unidos no se asimila o, peor, no quiere asimilarse a la cultura de la sociedad de acogida,

¹⁵ Un estudio más reciente ha revisado al alza la proporción de hispanos en Estados Unidos, situándola en un 17,3% (véase Stepler y Brown).

por lo que puede acabar rompiéndola. Nada más lejos de la realidad. Un sinfín de estudios, tanto anteriores como contemporáneos como posteriores al artículo y el libro de Huntington, han rebatido hasta la saciedad esas tendenciosas y poco científicas generalizaciones. En casi cualquier aspecto medible de entre los mencionados por el politólogo, hispanos y mexicanos evidencian una normalidad de lo más anodina en el contexto de trayectorias de asimilación previas, y presentan una progresión que no se desvía demasiado de los patrones de otras épocas.

En efecto, los hispanos/mexicanos son tan religiosos como los blancos estadounidenses o más, creen tanto como ellos o más en el mito de que el trabajo duro es la clave para avanzar social y económicamente, y manifiestan unos niveles de patriotismo superiores a los de sus coetáneos blancos y negros, sentimiento en el que, por cierto, no influye el hecho de considerarse “Hispanic-American” en lugar de “just American” (Citrin et al. 46). Mientras los afroamericanos y los asiáticos se muestran más escépticos con respecto a su capacidad de alcanzar el “sueño americano”, los latinos, en especial si están naturalizados, destacan por su optimismo en ese sentido, incluso por encima de los blancos (Cohen-Marks y Stout 840-43). Por el lado de lo que podríamos llamar integración negativa, mientras que los inmigrantes mismos manifiestan una disposición al crimen muy inferior a la de los nacidos en Estados Unidos, la segunda generación no se distingue de otros grupos nativos en cuanto a nivel delictivo (Bersani 335-37).

Pero, como vimos, el aspecto del desafío hispano que más obsesiona a Huntington es de naturaleza lingüística. ¿Se niegan los hispanos/mexicanos, verdaderamente, a abrazar la lengua de Shakespeare? Todo apunta a que no:

Los inmigrantes mexicanos, sus hijos y sus nietos están aprendiendo inglés al mismo ritmo que grupos inmigrantes anteriores, según una serie de estudios y la observación cotidiana. Un estudio, por ejemplo, muestra que el 73% de los inmigrantes hispanos de primera generación habla sólo español en casa, el 17% de la segunda generación lo habla a veces, y para la tercera generación apenas el 1% habla exclusivamente español en casa. (Lowenthal 65-66)

Más información:

En términos de uso diario, el español desaparece tras 2,0 generaciones entre los mexicanos, tras 2,1 generaciones entre los guatemaltecos y salvadoreños, y tras 1,7 generaciones entre el resto de los latinoamericanos. [...] Nuestros hallazgos contradicen directamente las afirmaciones de Huntington. Estados Unidos ha sido descrito acertadamente como un ‘cementerio’ de idiomas debido a su histórica habilidad para absorber inmigrantes por millones y extinguir sus lenguas maternas en pocas generaciones, y el español no parece constituir una amenaza para tal reputación. (Rumbaut et al. 458-59)

No existe desafío real para el inglés en Estados Unidos, al menos por parte de unos hispanos cuyos nietos, en general, aprenden el castellano como lengua extranjera en escuelas y universidades, igual que hacen cada año cientos de miles de estadounidenses tan anglo-protestantes como Huntington.

En vista del descenso de la inmigración legal e ilegal hispana y específicamente mexicana en los últimos años, así como las numerosas e irrefutables pruebas de que la población hispana y específicamente mexicana –tanto inmigrante como nacida en el país– se está adaptado a la cultura y la sociedad de la nación anfitriona a una velocidad como mínimo equivalente a la de grupos anteriores hoy completamente integrados, cabría esperar que las incendiarias ideas de Huntington, y otras basadas en las mismas falacias, hubieran sido desterradas al desván de las teorías fallidas y excluidas sin miramientos del discurso político y mediático. Lamentablemente, como sabe cualquier observador casual del panorama electoral actual en Estados Unidos, ha ocurrido justo lo contrario.

EPÍLOGO: ¿REVIVIENDO A HUNTINGTON?

Quando México envía a su gente, no envía a sus mejores elementos. [...] Envía a gente que tiene un montón de problemas, quienes luego traen esos problemas aquí. Traen drogas. Traen delincuencia. Son violadores. Y algunos, supongo, son buenas personas.

Donald Trump (fragmento del discurso con el que el actual presidente de Estados Unidos lanzó su campaña electoral el 16 de junio de 2015)

Al momento de escribir estas líneas, Donald Trump acaba de cumplir un año como presidente de Estados Unidos, cargo al que fue postulado por el Partido Republicano. Tras haber despachado cómodamente a dieciséis rivales durante unas primarias marcadas por una serie de debates más esperpénticos de lo habitual y, por eso mismo, inusualmente mediáticos, Trump consiguió derrotar a la candidata del Partido Demócrata, Hillary Clinton, en las elecciones generales de noviembre de 2016, y asumió la presidencia en enero de 2017. Multimillonario, ostentoso, *celebrity* y *showman* a tiempo completo, Trump ha revolucionado la escena política estadounidense con su chabacanería, su verborrea tuitera, su inmensa agilidad a la hora de cambiar de posición según lo exijan las circunstancias, su patente ignorancia y su discurso pseudopopulista salpicado de xenofobia, racismo y misoginia (Draper).

Trump anunció su campaña presidencial insultando directamente a México y los mexicanos, a quienes tildó de narcotraficantes, criminales y violadores (véase la cita

arriba reproducida).¹⁶ Durante el mismo evento, el empresario prometió levantar “a great, great wall” en la frontera con México. Poco después, al ser consultado sobre la forma en que planeaba financiar un proyecto de tamaña envergadura, Trump ofreció lograr que el propio México pagara por la construcción del muro. Su retórica xenófoba no se circunscribe a México y los mexicanos, por supuesto: famosos son, por ejemplo, sus exabruptos contra la inmigración musulmana, según él inextricablemente vinculada con el “terrorismo islámico radical” y, por ende, merecedora como mínimo de una suspensión temporal. A lo largo de su campaña, Trump habló de deportaciones masivas, coqueteó con la idea de un registro obligatorio para musulmanes (aun si son ciudadanos estadounidenses), retuiteó memes e imágenes procedentes de sitios web de extrema derecha, titubeó a la hora de rechazar el apoyo expreso de un líder del Ku Klux Klan, etcétera. Incluso en un partido lleno de racistas más o menos solapados, cuyas primarias contaron con la participación de dos cubano-americanos hijos de inmigrantes –uno de ellos, además, nacido en Canadá– que no obstante defienden medidas anti-inmigración sólo ligeramente menos mezquinas que las propugnadas por el empresario neoyorquino, la campaña de Trump causó escándalo, vergüenza y, en ciertos casos, desaprobación (Graham). En su atribulado primer año en la Casa Blanca, marcado por un sinfín de exabruptos, por la investigación del FBI para esclarecer la intervención de Rusia en las elecciones de 2016 y por la muy evidente ineficiencia general de su administración, Trump no sólo no ha reulado hasta posiciones más moderadas en materia de inmigración, como algunos esperaban, sino que en ocasiones ha preferido hacer todo lo contrario y exacerbar su discurso para regocijo de la así llamada “alt-right” formada por racistas y xenófobos de extrema derecha. Y, por supuesto, sigue prometiendo levantar un muro en la frontera entre su país y México.

Huntington falleció en 2008, por lo que es imposible saber qué hubiera opinado acerca de Trump y su xenofobia. En su calidad de intelectual, seguramente habría deplorado la decadencia del Partido Republicano y el movimiento conservador estadounidense, repudiando los excesos retóricos de esta campaña. Por su parte, el conductor de *The Apprentice* parece ser todo lo contrario de un intelectual, por lo que se antoja harto improbable que haya leído la obra del politólogo de Harvard. No queremos sugerir, desde luego, una conexión directa entre un personaje y otro, pero lo cierto es que no hay tanta distancia entre sus respectivos discursos. En cierto modo, si Huntington es teoría, Trump es praxis. En su reciente artículo “La América de Trump”, el columnista conservador Charles Murray recurre a las ideas del “eminente politólogo” en *¿Quiénes somos?* para justificar la ira de los “blancos de clase trabajadora” en los Estados Unidos de hoy y su apoyo “nada irracional” al candidato presidencial republicano, incluida

¹⁶ Trump, por supuesto, se equivoca del medio a la mitad: “Foreign-born individuals exhibit remarkably low levels of involvement in crime across their life course” (Bersani 315).

su encendida retórica anti-inmigración. En otro aun más reciente, el comentarista Fareed Zakaria, habitualmente liberal en sus opiniones, se apoya también en la obra de Huntington para recomendar a los demócratas que se replanteen su “absolutismo” en materia de inmigración y busquen una “vía intermedia” entre “la afirmación de la diferencia” y “la unidad nacional”.

Tanto la obra de Huntington como las soflamas de Trump son formaciones discursivas que pertenecen a la hoy lamentablemente generalizada “narrativa de la amenaza latina” (Chavez ix). He aquí, a manera de ejemplo, un párrafo muy alarmista de Huntington que Trump podría haber firmado: “Estados Unidos afronta actualmente una afluencia masiva de personas de un país pobre y contiguo cuya población asciende a más de un tercio de la estadounidense. Estas personas atraviesan una frontera de más de tres mil kilómetros de longitud delimitada históricamente por una simple línea sobre el terreno y por un río de escasa profundidad” (“The Hispanic Challenge” 33).¹⁷ ¿Cabe deducir que, para el politólogo, una muralla como la que promete construir el empresario neoyorquino corregiría esta indefensión? En una brevísima nota de tres páginas publicada en el año 2000 por la revista *The American Enterprise* que parece ser el germen de lo que cuatro años más tarde sería “El desafío hispano”, Huntington emplea una retórica de tintes belicistas incluso más sensacionalista:

Si más de un millón de soldados mexicanos cruzara la frontera, los estadounidenses lo verían como una amenaza mayúscula para su seguridad nacional y reaccionarían en consecuencia. La invasión de más de un millón de civiles mexicanos es una amenaza comparable para la seguridad de nuestra sociedad, por lo que los estadounidenses deberían reaccionar contra ella con un vigor comparable. (“The Special Case” 22)¹⁸

Mención aparte merece el hecho de que, como hemos visto, el propio Huntington predijo la inminencia, o al menos la alta probabilidad, de una reacción de signo racista como consecuencia del imaginado desafío hispano. Como explica David Skidmore en una reseña negativa de *¿Quiénes somos?*,

Huntington sugiere que la creciente inmigración, combinada con los esfuerzos de las élites por imponer una ideología multiculturalista a través de los tribunales y las escuelas, amenaza con producir una reacción nativista (pp. 309-316). Si bien esto se presenta como una advertencia, las propias recetas de Huntington para fortalecer la unidad nacional [...] representan, en esencia, una validación de la agenda nativista. (136)

¹⁷ La cita equivalente se halla en la página 222 de *Who Are We?*

¹⁸ Un pasaje equivalente se halla en las páginas 317-18 de *Who Are We?*

Ese es el peligro de la obra de Huntington: legitimar, acaso involuntariamente, a Trump... o a alguien/algo todavía peor. Parte del público estadounidense llevaba tiempo, al parecer, esperando a un líder que elevara a texto, sin ambages, el subtexto racista y xenófobo que ha ido carcomiendo al Partido Republicano como mínimo desde la así llamada “estrategia sureña” que hizo presidente a Richard Nixon. “Sería muy desafortunado”, escriben Luis Fraga y Gary Segura, “si el último trabajo de Huntington sirviera para marginar aún más a segmentos de la población actual de Estados Unidos, en especial inmigrantes recientes, que se hallan entre los más vulnerables en nuestra sociedad” (286). El meteórico ascenso de Trump en la arena política norteamericana a lomos de un ideario con claros ecos de *¿Quiénes somos?* constituye, sin duda, un pésimo presagio en este sentido.

¿Hay motivos para tener más confianza en el porvenir? Quizá sí, por una cuestión de simples números, referidos tanto a las ya imparables tendencias demográficas denostadas por Huntington como al siempre preponderante tema de los beneficios económicos. Como señala Douglas Massey en un artículo titulado “The Real Hispanic Challenge” donde recomienda la regularización de los millones de inmigrantes indocumentados,

[I]a actual marginación de la población latina está entre los problemas políticos más importantes que enfrenta Estados Unidos en el siglo XXI, puesto que las barreras para el progreso social y económico hispano son barreras para el progreso del país entero. [...] Los hispanos serán casi un tercio de la población estadounidense para el año 2050. El futuro de Estados Unidos se vuelve cada día más latino, de modo que la desinversión y la exclusión inevitablemente generadas por la masiva ilegalidad hispana representan la verdadera amenaza para la prosperidad y la salud de la nación. (6)

En similar dirección se mueve John Beverley, quien acepta, en esencia, las premisas de Huntington en cuanto a que la presencia de los inmigrantes hispanos y sus descendientes transformará de un modo decisivo el país hasta volverlo irreconocible, pero no para hablar –en negativo– de desafíos o amenazas, sino para celebrar la posibilidad de un cambio para mejor en la, todavía, primera potencia mundial: “[O]bligado por la realidad demográfica de su actual población, Estados Unidos como nación tendrá que convertirse en algo distinto de lo que es (o de lo que se imagina que es) hoy, algo tal vez no demasiado diferente de lo que los bolivianos tenían en mente cuando [...] definieron Bolivia como un estado plurinacional” (16).

Los simpatizantes de Trump son, en su mayoría, varones blancos sin educación universitaria con tendencias autoritarias y resentimientos raciales (Thompson), que se definen a sí mismos como “americanos sin guion” (Arbour y Teigen) y viven en áreas sobre todo rurales del país que llevan décadas en situación de estancamiento o incluso declive económico (Irwin y Katz), lo que equivale a decir que se corresponden con esa población otrora mayoritaria que poco a poco va reduciendo sus números y

perdiendo sus privilegios. Según estos estudios, los seguidores de Trump suelen vivir en condados con una población inmigrante relativamente baja, pero parece claro que tienen miedo de los cambios demográficos en curso y están convencidos de que la culpa de sus penurias económicas y sociales es de esos “otros” que tienen un color diferente, hablan un idioma extraño y están invadiendo su patria. Es posible, entonces, que Trump sea tan sólo el monstruo creado por los últimos estertores nativistas –en su día presagiados por Huntington– de un sector de la población de Estados Unidos que está marchitándose a pasos acelerados, y que, por ende, más que un motivo para temer por nuestro futuro, este nuevo auge del racismo y la xenofobia constituya un problema con fecha de caducidad limitada que se resolverá a sí mismo muy pronto. Ojalá así sea.

OBRAS CITADAS

- A Day Without a Mexican*. Dir. Sergio Arau. Eye On The Ball Films, 2004.
- Arbour, Brian y Jeremy M. Teigen. “These Two Maps Are Incredibly Revealing about Who’s Voting for Trump, and Why”. *The Washington Post*. 5 abril 2016.
- Baudrillard, Jean. *The Transparency of Evil: Essays on Extreme Phenomena*. Nueva York: Verso Books, 1993.
- Bersani, Bianca E. “An Examination of First and Second Generation Immigrant Offending Trajectories”. *Justice Quarterly* 31/2 (2014): 315-43.
- Beverly, John. *Latinamericanism after 9/11*. Durham: Duke UP, 2011.
- Bickel, Alexander M. “Citizenship in the American Constitution”. *Arizona Law Review* 15/1 (1973): 369-87.
- Chavez, Leo. *The Latino Threat: Constructing Immigrants, Citizens, and the Nation*. Stanford: Stanford UP, 2013.
- Citrin, Jack, Amy Lerman, Michael Murakami y Kathryn Pearson. “Testing Huntington: Is Hispanic Immigration a Threat to American Identity?”. *Perspectives on Politics* 5/1 (2007): 31-48.
- Cohen-Marks, Mara A. y Christopher Stout. “Can the American Dream Survive the New Multiethnic America? Evidence from Los Angeles”. *Sociological Forum* 26/4 (2011): 824-45.
- Cuecuecha, Alfredo y Carla Pederzini. *Migration and Remittances from Mexico: Trends, Impacts, and New Challenges*. Lanham: Lexington Books, 2012.
- Daniels, Roger. *Coming to America: A History of Immigration and Ethnicity in American Life*. Nueva York: Harper Perennial, 2002.
- Draper, Robert. “Mr. Trump’s Wild Ride: Down the Homestretch with the Impossible Nominee”. *The New York Times Magazine*. 18 mayo 2016.
- Etzioni, Amitai. “The Real Threat: An Essay on Samuel Huntington”. *Contemporary Sociology* 34/5 (2005): 477-85.

- Fraga, Luis R. y Gary M. Segura. "Culture Clash? Contesting Notions of American Identity and the Effects of Latin American Immigration". *Perspectives on Politics* 4/2 (2006): 279-87.
- Franklin, Benjamin. "Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling of Countries, Etc." *The Papers of Benjamin Franklin* Vol. 4. 1751. New Haven: Yale UP, 1961.
- Fuentes, Carlos. "El racista enmascarado". *El País*. 23 marzo 2004.
- Gerber, David A. *American Immigration: A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford UP, 2011.
- González, Juan. *Harvest of Empire: A History of Latinos in America*. Nueva York: Penguin Books, 2011.
- González-Barrera, Ana. "More Mexicans Leaving than Coming to the U.S." Washington, DC: Pew Research Center. 19 nov. 2015.
- Graham, David A. "Where Republicans Stand on Donald Trump: A Cheat Sheet". *The Atlantic*. 6 julio 2016.
- Grandin, Greg. *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of New Imperialism*. Nueva York: Owl Books, 2007.
- Gutiérrez, David G. "An Historic Overview of Latino Immigration and the Demographic Transformation of the United States". *American Latinos and the Making of the United States*. Washington, DC: National Park Service, 2013.
- Huntington, Samuel P. *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Nueva York: Simon & Schuster, 1996.
- _____. "The Hispanic Challenge". *Foreign Policy* 141 (marzo/abril 2004): 30-45.
- _____. "The Special Case of Mexican Immigration: Why Mexico Is a Problem". *The American Enterprise* (2000): 20-22.
- _____. *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*. Nueva York: Simon & Schuster, 2004.
- Irwin, Neil y Josh Katz. "The Geography of Trumpism". *The New York Times*. 12 marzo 2016.
- Johnson, Kevin R. "The Intersection of Race and Class in U.S. Immigration Law and Enforcement". *Law and Contemporary Problems* 72/4 (2009): 1-35.
- Kaag, John Jacob. "Who Are Who?: A Pragmatic Reframing of Immigration and National Identity". *The Pluralist* 3/3 (2008): 111-131.
- Krauze, Enrique. "Huntington: el falso profeta". *Letras Libres* 64 (2004): 24-26.
- Lowenthal, Abraham F. "Understanding the Hispanic Challenge". *New Perspectives Quarterly* 21/3 (2004): 65-66.
- Massey, Douglas S. "The Real Hispanic Challenge". *Pathways: A Magazine on Poverty, Inequality, and Social Policy* (2015): 3-7.
- _____. Jorge Durand y Karen A. Pren. "Why Border Enforcement Backfired". *American Journal of Sociology* 121/5 (2016): 1.557-1.600.

- ____ y Karen A. Pren. "The Unintended Consequences of U.S. Immigration Policy: Explaining the Post-1965 Surge from Latin America". *Population and Development Review* 38/1 (2012): 1-29.
- Murray, Charles A. "Trump's America". *The Wall Street Journal*. 12 feb. 2016.
- Ngai, Mae M. *Impossible Subjects: Illegal Aliens and the Making of Modern America*. Princeton: Princeton UP, 2014.
- Rumbaut, Ruben G.; Douglas S. Massey y Frank D. Bean. "Linguistic Life Expectancies: Immigrant Language Retention in Southern California". *Population and Development Review* 32/3 (2006): 447-60.
- Schultz, Lars. *Beneath the United States: A History of U.S. Policy toward Latin America*. Cambridge: Harvard UP, 1998.
- Segura, Gary M. "Who Are We? Review". *Perspectives on Politics* 3/3 (2005): 640-42.
- Skidmore, David. "The Clash Within". *International Studies Review* 8/1 (2006): 134-37.
- Steppler, Renee y Anna Brown. "Statistical Portrait of Hispanics in the U.S." Washington, DC: Pew Research Center. 19 abril 2016.
- Thompson, Derek. "Who Are Donald Trump's Supporters, Really?" *The Atlantic*. 1 marzo 2016.
- Vargas Llosa, Mario. "¿Durmiendo con el enemigo?" *Letras Libres* 65 (2004): 41-46.
- Whitman, Walt. "The Spanish Element in Our Nationality". *The Complete Walt Whitman*. 1883. Londres: Bybliotech, 2014.
- Wolfe, Alan. "Native Son: Samuel Huntington Defends the Homeland". *Foreign Affairs* 83/3 (mayo/junio 2004): 120-25.
- Zakaria, Fareed. "The Democrats Should Rethink their Immigration Absolutism". *The Washington Post*. 3 agosto 2017.
- Zolberg, Aristide R. *A Nation by Design: Immigration Policy in the Fashioning of America*. Cambridge: Harvard UP, 2008.